

Libros reseñados

POESÍA Y MODERNIDAD

Título: “La imagen poética”

Autor: Julián Malatesta

Editorial: Universidad del Valle

Año: 2007, 154 páginas

Alejandro José López Cáceres

No se afrontan los problemas de fondo haciendo concesiones fáciles. En lo que toca a la definición de la poesía, el camino más cómodo consiste en aceptar su carácter insondable, esa cierta acepción arquetípica que la liga al misterio, a lo arcano. Por esta vía se le declara muy pronto como algo ininteligible y se acepta, sin más, el fracaso de la razón para dar cuenta de ella. Semejante tentativa resulta inaceptable. Incluso a sabiendas de que el periplo reflexivo jamás habrá de ser satisfactorio de modo completo, sus hallazgos nos sobrevienen como algo imprescindible por más parciales o provisionales que sean. Porque transitamos hacia el ejercicio poético de acuerdo con ellos, nos disponemos al acto creativo regidos por esos logros frágiles y tornadizos. Es verdad que luego llegará a nuestra estancia esa invitada enigmática, también es cierto que terminará imponiéndonos sus emergencias; sin embargo, para que pueda ingresar será necesario abrirle la puerta. Y abrir la puerta es un acto tan deliberado como el de sentarse a escribir.

La propuesta conceptual hecha por Julián Malatesta en su ensayo comienza con la noción romántica del hecho poético y rastrea las transformaciones que dicha concepción ha experimentado hasta instalarse en la contemporaneidad, cargada de nuevos sentidos e interpelando de un modo diferente el acto creativo. En el libro “La imagen poética” se recoge el debate que las diversas vanguardias artísticas del siglo XX hicieron ante los postulados del Romanticismo. Y, dado que las coordenadas históricas lo permiten, se realiza el balance de una polémica

cuyas aristas no han perdido el filo completamente. De esta manera, se nos detallan las objeciones que los vanguardistas pusieron de manifiesto -o, más exactamente, en *manifestos*- frente a los románticos; así como también los aportes que unos y otros hicieron en esta controversia, una de las más fecundas que se han dado en la historia reciente de nuestro ámbito cultural.

* * *

¿En torno a qué gravita aquella noción romántica de la poesía? ¿A qué realidad responde o qué la propicia? Quizás el fenómeno más determinante de la modernidad es lo que se ha llamado la *muerte de Dios*, cuya primera manifestación fue el famoso texto que Jean Paul Richter incluyó en su novela “Siebenkäs”, de 1796, ese célebre “Sueño” titulado: “Discurso de Cristo muerto en lo alto del edificio del mundo: no hay Dios”. Ese sentimiento de la inexistencia o retirada de Dios va a provocar una crisis profunda en las diversas instancias de la vida social y en el corazón mismo de la cultura occidental. Y es el detonante de lo que ha dado en denominarse *secularización*.¹ Ahora bien, dicho fenómeno, que tuvo múltiples incidencias y manifestaciones en los diferentes espectros de la sociedad, genera una demanda muy particular en el ámbito de los poetas: los va a abrumar con una carga insoportable, con una responsabilidad que no habían tenido o percibido antes y frente a la cual estaban derrotados de antemano. Ante el declive del discurso cohesionador, ellos, los humanos demasiado humanos, asumirán el imperativo de restituir la *Divinidad*; de allí que en lo sucesivo la palabra poética sea entendida como verbo primigenio, fundante, instaurador. La reflexión de Heidegger, “Hölderlin y la esencia de la poesía”, desarrolla agudamente esta noción. Nos dice el poeta:

¹ Cfr. GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael. Modernismo, supuestos históricos y culturales. Fondo de Cultura Económica. Bogotá, 1987 (1983). Págs. 51 y ss.

“Es derecho de nosotros los poetas
 Estar en pie ante las tormentas de Dios,
 Con la cabeza desnuda,
 Para apresar con nuestras propias manos
 El rayo del padre, a él mismo.
 Y hacer llegar al pueblo envuelto en cantos
 El don celeste”.²

Dicha concepción romántica percibe que al ámbito de la poesía es la verdad, entendida ésta como aquello que se opone a lo contingente; es decir, a los avatares del acontecer, de lo anodino. Entonces, la palabra poética viene a ser aquella que funda lo que permanece; y, de ello, la condición derivada hacia los poetas los convierte en seres singulares. En el ensayo “La imagen poética” aparece dicho así: “Son ellos los elegidos para llevar a cabo la más generosa de todas las tareas, mantener viva la memoria de los hombres, es decir, su diálogo permanente con los dioses”. (Pág. 25)

* * *

Pero lo trivial acecha y, en la modernidad, se impone. Cualquier heroísmo, o grandeza, o distinción se diluye en la época del vértigo. La contingencia radical que signa estos tiempos modernos es incompatible con el estatuto del lenguaje arquetípico o de la lengua primigenia. Julián Malatesta denomina este fenómeno *la ruina del aura* y se acompaña de Baudelaire, quien primero la percibió, y de Benjamin, quien la indagó con insistencia, para desplegar su reflexión a este respecto. La mudanza recurrente y sus ritmos precipitados reclaman una palabra igualmente cambiante, capaz de habituarse a la agitación; entonces, la poesía se vuelve búsqueda y no instauración. Nos dice Malatesta: “Allí se instala el obrar poético, no tras la verdad, ese aliento permanente que el poeta romántico contribuye a hacer eterno, sino al compás de lo que acaece, en el movimiento de las cosas, en la fragmentación del mundo”. (Pág.

² HEIDEGGER, Martin. Arte y poesía. Fondo de Cultura Económica. México, 1995 (1936). Págs. 141 y 142.

32) Esta poderosa transformación en la percepción del tiempo, eso que Octavio Paz llamó *aceleración de la historia*, va a transmutar el ámbito de la poesía; de manera que, en lo sucesivo, no será la verdad aquello que la determine, sino la verosimilitud. El poema, por su parte, dejará de ser revelación; sin embargo, no será esto propiamente una degradación, pues a cambio habrá de recibir un esmero nuevo, un ímpetu de elaboración y una avidez de confección impensables en el paradigma romántico. Sí: el poema ya no será más la instauración de lo permanente; pero habrá ganado la condición de mundo posible, de lugar. Por este mismo camino, la mitología del poeta como *elegido* habrá quedado igualmente derruida. Estamos, pues, ante una radical ruptura con la tradición. Se ha abierto la puerta para el advenimiento de las vanguardias y su ímpetu de novedad.

* * *

El anti-trascendentalismo del acto poético significado en las vanguardias, con sus diferentes apuestas por lo efímero, reserva también para el lector un nuevo rol. Pero antes de anotarlo, permítaseme una observación relacionada con la estructura del libro “La imagen poética”. Dedicados los tres primeros capítulos a la concepción romántica de la poesía y a las circunstancias que generaron su crisis, Julián Malatesta se encarga en adelante de señalar y analizar los principales hitos de las vanguardias. Sabe bien que una historia de la poesía moderna no tendría por qué afrontar la tarea, por demás irrealizable, de inventariar todos los poemas escritos; de lo que se trata, más bien, es de rastrear los más grandes hallazgos y las aportaciones cruciales. Y en esto sí que ha sido afortunado el ensayo que ahora reseñamos. Hay que decir, además, que el lector agradece el buen tino que su autor ha mostrado en la selección de los poemas y de los fragmentos de aquellos manifiestos, ensayos y cartas con los cuales ilustra el recorrido del análisis, pues, a más de aclaratorios, resultan gratos, muy gratos de leer. Decía, entonces, que la estructura del libro consta de dieciséis capítulos. Me faltaría anotar, en este sentido, que los dos últimos han sido reservados por el autor para sintetizar sus razonamientos y concretar una propuesta analítica en relación con el asunto de la imagen poética.

* * *

Regresemos al lector. Dado que las vanguardias conciben el poema como mundo posible, dotan la palabra en él de un funcionamiento particular. No hay lugar para significados ni gramáticas preexistentes; así, la nueva manera en que las palabras se relacionan, su sintaxis naciente, hará que el lector deba disponerse a una actitud de permanente desciframiento. Estos inesperados modos de ser del poema provocarán en el lector “la necesidad de habitar este mundo que ahora se le ofrece, aprendiendo nuevos modales de lectura y transformando sus modos de ver”. (Pág. 35) Esto equivale a decir que la lectura se entenderá en adelante como un acto forzosamente creativo para que el poema alcance su plena realización. En tal sentido, afirma Malatesta: “Aquí termina ese tipo de poesía en donde el lector es solamente un receptor melancólico de una profecía que está por cumplirse”. (Pág. 67)

Pero seguramente la mayor conquista realizada por las vanguardias es el establecimiento de la imagen como razón de ser del devenir poético. Y, aunque pueda valerse del gran repertorio de recursos expresivos que la tradición ofrece, la imagen se sitúa en una dimensión que trasciende la retórica, que desborda lo preestablecido. Dicho de otro modo, el carácter de la imagen, su ámbito, es la construcción, o, mejor aún, la incesante instalación. En este ensayo se nos recuerdan las palabras de Pierre Réverdy, a manera de definición: “La imagen es una creación pura del espíritu. La imagen no puede nacer de una comparación, sino del acercamiento de dos realidades más o menos lejanas”. (Idem.) Al aproximarse, dichas realidades anulan sus significados preliminares y, al hacerlo, transitan hacia una nivel distinto; esto es, hacia una realidad poética. Veámoslo en algunos fragmentos de “Unión libre”, aquel preciado poema de André Breton:

“Mi mujer de cabellera de llamas de leña
De pensamientos de relámpagos de calor
De talle de reloj de arena
Mi mujer de talle de nutria entre los dientes del tigre
(...)

Mi mujer de pestañas de palotes de escritura de niño
De cejas de borde de nido de golondrina
Mi mujer de sienes de pizarra de tejado de invernadero
Y vaho de cristales (...)
Mi mujer de muslos de greda y de amianto
Mi mujer de muslos de lomo de cisne
Mi mujer de muslos de primavera
De sexo de gladiolo
Mi mujer de sexo de placer y de ornitorrinco
Mi mujer de sexo de alga y de bombones antiguos
Mi mujer de sexo de espejo (...)" (Págs. 65 y 66)

* * * * *

La vertiginosa sucesión de propuestas radicales, de movimientos incluso programáticos -con todo y manifiesto- que premeditan operar cada uno a su manera la ruptura con la tradición, dará lugar, en sí misma, a una nueva tradición hecha de rupturas; esto es, a una *tradición de la ruptura*. Afortunada es esta formulación que hace Octavio Paz en su inolvidable ensayo "Los hijos del limo".³ Nos permite comprender que el fenómeno de las vanguardias artísticas del siglo XX es heterogéneo y está repleto de contradicciones, de divergencias, de retracciones. En el libro "La imagen poética", Julián Malatesta nos conduce en un gratificante viaje por las más significativas. De esta suerte, discurrimos por las exploraciones metafóricas y tipográficas que hace Apollinaire en sus caligramas, los cuales nos convidan a trazar nuestros propios recorridos de lectura. O por el culto a la velocidad y a la guerra expresado por Marinetti y los Futuristas italianos. O por el hechizo que producía en los dadaístas la indefinición y el anti-belicismo:

³ PAZ, Octavio. Los hijos del limo. Seix-Barral. Barcelona, 1987 (1974).

“Fiel emisario del cañón
Llevas la muerte en el aire que vibra
Vuelves fríos y rígidos como vigas
a los que acuestas bajo su beso inmundo
Víbora alada de vuelo ardiente”. (Pág. 57)

O por los dispositivos oníricos de los surrealistas y esas radicales tecnologías de creación que reclamaban darle cauce al fluir del inconsciente, como la escritura automática. O por el ímpetu anti-mimético de Huidobro y los creacionistas, quienes a fuerza de convocar la razón y el sentimiento buscaban conseguir eso que llamaron *superconciencia*, eso mismo que les permitía afirmar: “El pájaro anida en el arco iris”, o “El océano se deshace agitado por el viento de los pescadores que silvan”. O por el rechazo que manifiesta César Vallejo en relación con el fervor por la novedad, que juzga esnobista y vacío. O por ese reverso del hai kú que son los *microgramas* de Jorge Carrera Andrade:

“Gaviota: ceja de espuma
De la ola del silencio.
Pañuelo de los naufragios.
Jeroglífico del cielo”. (Pág. 125)

* * *

Hacia el final del recorrido, Julián Malatesta nos propone su propia concepción de la imagen poética. Extrapola algunos términos del lenguaje de la biología, acogiendo la propuesta de Ernest Gombrich, quien introdujo el concepto de *ecología de la imagen*. Nos dice Malatesta, auspiciado por Gombrich: “la imagen poética posee esta dimensión ecológica, es decir acontece en condiciones históricas y sociales, en vínculos especiales con corrientes del pensamiento, con tendencias estéticas y prácticas culturales, todas posibles de ser leídas a través de su propio cuerpo visible. Sin embargo, esta lectura requiere de condiciones de *verdad* contingentes o situacionales, que hagan de la imagen una construcción convincente -léase verosímil-, al interior de la obra poética, no en ningún

otro lugar”. (Pág. 137) Y más adelante ensancha esta idea con una nueva extrapolación. Esta vez nos habla del *ecotono*, que en la biología remite a ciertos “ámbitos singulares en los cuales es posible hacer convivir e interactuar *especies y organismos* cuyo origen y hábitat son abiertamente incompatibles”. (Pág. 138) ¿Sería una suerte de locación en la cual logran cohabitar armónicamente un pingüino y un león? Algo así. La imagen poética, tal como la concibieron las vanguardias en su avidez, opera de un modo similar; es decir, teje puentes insospechados, caminos imprevistos para que materiales expresivos de procedencias disímiles, e incluso antagónicas, convivan y produzcan significaciones nuevas.

Julián Malatesta nos expresa, desde la introducción de su ensayo, la aspiración que tiene en el sentido de que su trabajo sea un instrumento para la discusión, un insumo para la polémica. No me cabe duda de que así será, y hay dos razones que me permiten presagiarlo. Por una parte, este escrito logra hacer un intenso recorrido por las controversias más álgidas en relación con el asunto de la creación poética en la modernidad; es decir, es éste un trabajo riguroso. Por otra, su lenguaje no solamente es claro, sino que muchas veces resulta provocador. Permítanseme, a manera de ejemplo, un par de citas. Éste es el título del capítulo VIII: “La conspiración de la imagen y la asonada latinoamericana”. Ahora, el primer párrafo de dicho apartado: “Esta agitada insurrección europea y americana, suscita un gran alboroto en la casa latinoamericana en donde dos figuras singulares ya se habían anticipado a los acontecimientos. Se trata de los poetas Juan José Tablada y Vicente Huidobro, quienes aún comprometidos en muchos aspectos con la *escuela modernista*, inician el proceso de rebelión en América Latina”. (Pág. 76) Voy a decirlo sin ambages, y aprovecho que ya estoy cerrando esta presentación. Sí, “La imagen poética” es un estupendo libro de algo que propongo denominar, a partir de este momento, “erudición belicosa”. ¡Que venga, pues, el debate!

Cali, marzo 13 / 2008